

“El Hijo del Hombre ha venido para dar su vida en rescate por todos”

Mc 10, 32-45

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

SU COMPORTAMIENTO, MUY HUMANO (PROBABLEMENTE NOSOTROS HABRÍAMOS OBRADO DEL MISMO MODO), PROVOCA LA INTERVENCIÓN DE JESÚS

«Bien está lo que bien acaba», comenta muchas veces la gente. Podríamos emplear también este proverbio para iluminar nuestros textos, que tienen un punto de partida errado pero llegan después a su justa meta. Si bien, por un lado, encontramos una actitud necia, irresponsable, decididamente negativa, por parte de aquellos que, aun habiendo recibido una óptima formación, habían desatendido sus funciones de guías, por otro lado, encontramos que ellos mismos se arrepienten o al menos reciben una hermosa catequesis que también nos sirve a nosotros. El final, por consiguiente, es positivo.

El pueblo judío, elegido por Dios para ser luz de las naciones, ha traicionado la alianza, se ha envascado en sucios acontecimientos que le han arrastrado al abismo del exilio. De este modo, no realiza su vocación, ni tampoco sirve de ayuda a los otros pueblos. Su historia corre el riesgo de ser una historia de sentido único, cerrada en sí misma. En la primera lectura, el pueblo declara de manera repetida, por boca del Sirácida, su arrepentimiento y pide perdón por su infidelidad. No pone excusas, pues es consciente de que es totalmente responsable del fracaso. Encuentra su anda de salvación en la bondad de Dios: «Ten piedad» es el estribillo que acompasa su petición de perdón. Su rehabilitación tiene lugar junto con la de los otros, comprendidos y citados otras veces en la oración. Una luz de esperanza aclara el horizonte.

El evangelio nos muestra la «cara mala» de los apóstoles. Aunque están siendo educados por el Maestro perfecto, parecen refractarios a su enseñanza, empeñados más en el reparto del poder que en la comprensión del misterio pascual. El punto de partida es la arrogancia de los hermanos Santiago y Juan, que pretenden sobresalir por encima del grupo. Si éstos se han equivocado, los otros no les van a la zaga, porque alimentan sentimientos de hostilidad contra aquéllos. La situación está muy enredada. Su comportamiento, muy humano (probablemente nosotros habríamos obrado del mismo modo), provoca la intervención de Jesús. Enseña a los dos hermanos a ponerse enteramente en manos del Padre, que dispone las cosas como mejor le parece. Les enseña a todos que la autoridad no es mandar sobre los demás, como se considera con frecuencia, sino un generoso servicio, poner y ponerse a disposición de los demás. Incluso con la propia vida, si fuere menester. Jesús les enseña de palabra y con el ejemplo.

Es una hermosa lección de humildad y también una preciosa catequesis que hemos de mantener como lámpara encendida para iluminar nuestro camino. El Señor nos precede como «lámpara para nuestros pasos».

ORACION

Guíame, Luz amable,
en medio de las tinieblas que me rodean,
guíame Tú por delante.
Oscura es la noche, y estoy lejos de casa.
Guíame Tú por delante.

Da firmeza a mis pies: no pido ver
el horizonte remoto, me basta con un solo paso.
No fui siempre así, ni siempre pedí que Tú
me condujeras por delante.
Me agradaba elegir y ver mi camino,
pero ahora guíame Tú por delante.

Me gustaba el día espléndido
y, más fuerte que el temor,
el orgullo dominaba mi voluntad:
no he de recordar los años pasados.

Tu poder me ha bendecido desde hace tanto
que, ciertamente, aún querrás guiarme por delante,
más allá de páramos y cenagales, más allá de rocas y torrentes,
hasta que haya pasado la noche
y por la mañana me sonrían los rostros angélicos
que he amado durante tanto tiempo.

(J.-H. Newman, Guidami, Luce gentile).